



CARACAS
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 17 - N. 161
ENERO, 1954

Cada vez que el Papa dirige su palabra al mundo entero, en todas partes se escucha con viva atención su mensaje y se recogen y comentan sus prudentes y atinadas enseñanzas.

Pueblos e individuos de la más diversa ideología, y aun comunidades separadas del seno de la Iglesia Católica, reconocen y admiran, —sobre todo en el actual Pontífice Pío XII—, una vigilante y flexibilísima perspicacia para advertir peligros y males que amenazan a la humanidad, señalar sus causas o raíces y aconsejar los remedios que necesariamente deben aplicarse.

Bien claro demuestra el Papa en sus frecuentes alocuciones en torno a los más variados y trascendentales temas, no ya solamente del campo religioso o moral, sino aun del cultural y científico, lo mismo que del económico, del político y del internacional, que su mirada y su mente siguen con intensa atención las rápidas y hasta sorprendentes evoluciones que casi hora tras hora tienen lugar en la vida de las naciones. Desde su bien informado despacho del Vaticano, adonde confluye la más perfecta red de excelentes informaciones de todas partes del mundo, el Papa vive en intensa vigilancia, y posesionado de su grave responsabilidad de maestro y de guía de los hijos de Dios, a todos habla y aconseja con el más paternal y sublime sentido de amor universal.

Y siempre su voz se levanta al plano de los principios supremos, y a recordar aquellas verdades trascendentales que en última instancia han de dar la clave para la solución verdadera de los problemas, y para el remedio de los males que amenazan o afectan a la sociedad y a los individuos.

Su siempre esperado mensaje al mundo entero en la víspera de la Navidad, fue considerado en este último año de 1953, por los comentaristas de todas partes, como de una insospechada importancia, tanto por la gravedad y trascendencia de su pensamiento, como por el tono vivo y conminatorio de la expresión.

La lectura del texto íntegro de este mensaje, no puede menos de invitar a todo lector sensato a unos momentos siquiera de honda y provechosa reflexión; Y esto de manera particular debiera ocurrir en quienes ocupan puestos de alta responsabilidad tanto en la marcha de los destinos de cada pueblo, como en el campo de las relaciones internacionales.

Nos es imposible ahora pretender siquiera asomarnos un poco a la exposición y comentario de estas vigorosas y actualísimas enseñanzas pontificias. Pero no podemos menos de señalar que, por manera admirable y providencial, en este mensaje el Papa hace una detenida y clara advertencia que parece como pensada exprofeso y a la medida para una situación que en Venezuela, —tal vez como en muy pocas naciones—, nos es forzoso reconocer; y para que con esa advertencia y siguiendo las enseñanzas que allí se dictan nos prevengamos contra el grave mal que podría, si nó, hacer presa en nuestra Patria.

Venezuela, en efecto, atraviesa actualmente una etapa de riqueza económica, de prosperidad pública material, que sólo tiene semejanza con la de muy pocas naciones del globo.

Semejante prosperidad económica no puede menos de haber engendrado, —como ya lo venimos palpando—, una situación de casi febril actividad industrial, al mismo tiempo que una acelerada y vasta ejecución de llamativas obras de beneficio público de la más variada naturaleza, mediante la inversión indudablemente justificada de gruesas sumas del erario nacional.

Todo este inusitado y amplio movimiento industrial y de construcciones llévase hoy a cabo con eficacia insospechada y con rapidez casi increíble, gracias

OIGAMOS

LA ENSEÑANZA

OPORTUNISIMA

en buena parte al empleo de los métodos y medios tan sorprendentes que facilita la "técnica" moderna para toda esta clase de actividades.

Y acabamos ya de estampar el vocablo mágico, casi idolátrico, que en nuestros días no se cae de la boca y de la pluma de los hombres: la "técnica", la "técnica moderna", las maravillas y sorpresas de la "técnica"...

Y sin duda es cosa para bendecir a Dios por haber dotado al hombre de tal poder de inteligencia y de voluntad que le permite llegar a la conquista y utilización de esa "técnica" para lograr con ella realizaciones antes jamás sospechadas.

Ante las múltiples y sorprendentes manifestaciones de la "técnica" que el Papa es el primero en alabar y estimular, ha visto él también que se encierra un peligro para la vida superior y espiritual de la humanidad. No por los beneficios que de allí se derivan para todos, ya que esto es un don del mismo Dios de quien toda luz y toda inteligencia descende, sino por la oculta fascinación que tantos progresos materiales puede ejercer sobre la mente y los corazones de los hombres.

Existe el peligro, —y ojalá hasta ahora fuera sólo peligro—, de que por ese camino, si solamente nos preocupamos de los adelantos materiales, sin duda convenientísimos, que la técnica nos permite obtener, lleguemos insensiblemente a la casi divinización de esa misma técnica. Y nos rindamos ante ella, en actitud casi adoratoria. Y vengamos así gradualmente a olvidar toda otra preocupación de orden mucho más superior y sustancial en nuestras vidas, cuales son las que atañen al espíritu, al alma y a la vida sobrenatural.

El análisis minucioso, preciso y realista que el Papa hace de esta situación, ya de hecho existente en algún modo en diversas naciones, lleva a la apremiante conclusión de que es necesario, a toda costa, prevenirse y reaccionar contra semejante terrible mal. Ese apreciado concepto técnico de la vida, que al extremarse y deformarse no viene a ser sino manifiestamente de sentido materialista, acarrea terribles consecuencias en todos los más elevados y sagrados órdenes de la existencia humana. No sólo cobra esa preponderancia y ese endiosamiento que hace se le tenga como razón y fuente única de todo bienestar, sino que llega a destruir el orden supremo de las relaciones del hombre con Dios, en cuanto se impide aun la guarda de los días festivos para dedicarlos al trabajo material; se perjudica asimismo el orden familiar en cuanto los miembros de la familia se ven sujetos a exigencias que los disgrega y que limitan o entorpecen sus necesarias relaciones de convivencia; y aun la misma dignidad humana llega a verse esclavizada a los intereses de esa técnica, cuando en toda justicia el orden debe ser inverso, o sea que es la técnica la que debe estar sirviendo a los intereses de la dignidad individual y colectiva.

Y viene ahora la advertencia que más práctica y directamente podemos aplicar al presente venezolano. Dice el Papa de esa amenaza materialista "que los pueblos que llegan con retraso y de repente al rápido progreso de la técnica, están más expuestos a los peligros indicados, y a ser particularmente sacudidos en su equilibrio moral y psicológico; ya que el desarrollo adquirido, no mediante una evolución continua, sino por saltos interrumpidos, no encuentra sólidos diques de resistencia, de corrección, de adaptación, ni en la madurez de los individuos, ni en la cultura tradicional."

Nadie podría negar que estas prudentísimas palabras deben pensarse seriamente en nuestra Patria. Hallamos en ella cabalmente estas circunstancias. Somos pueblo joven, provisto de gran riqueza y de grandes energías, y metidos de lleno en una etapa de transformación rápida, donde la técnica con sus grandes bienes puede acarrearlos simultáneamente los terribles estragos de un materialismo fascinador y absorbente. Abramos los ojos; miremos a la realidad con franqueza y decisión. Y no permitamos, cada quien en la esfera de su responsabilidad, que los males que el Papa paternalmente nos señala puedan un día hacer presa en nuestro medio. Atendamos a la voz del Padre común de los cristianos.

P. P. B.